

mundo está al corriente de cada caso de enfermedad y de muerte; ¡y el gobernador admite que un número crecido de bañistas sean atacados en su país de fiebre tifoidea, cuando le informan á tiempo de que ciertamente así sucederá si la canalización de la fuente no se cambia! Sin tener una opinión exagerada de la inteligencia de los oficiales municipales en general, puedo afirmar sin embargo, que no hay en Europa al frente de ninguna administración local un idiota tal como el que pinta Ibsen.

Tesman, de *Hedda Gabler*, espera que le haga obtener una cátedra de profesor de la Universidad un libro que ha publicado sobre «la industria doméstica en el Brabante en la Edad Media»; pero tiene un competidor temible en Eyler Loevborg que ha publicado un tomo «sobre la marcha general de la civilización». Esta obra ha producido ya «gran sensación», pero la continuación se anuncia como debiendo sobrepasarla mucho más; trata esta del «porvenir». «¡Pero, Dios santo—se le objeta—no sabemos absolutamente nada de él!—¡No importa! Hay muchas cosas que decir sobre este asunto... Hay dos partes: la primera trata de las potencias civilizadoras del porvenir; la segunda—ésta—de la marcha futura de la civilización» (pág. 122). Que no se trata ni mucho menos de ciencia, sino sencillamente de profecía, es lo que expresamente está indicado. «¿Crees tú que una obra así es imposible de rehacer, que no se la puede escribir dos veces?—No... porque la inspiración, bien lo sabes...» (página 187). Son conocidas, aunque no fuese más que por obras populares sobre la historia de las costumbres, como el *Demócrito* de Carlos Julio Weber, las cuestiones extrañas en que los casuistas de la Edad Media tenían costumbre de ocuparse, pero que en nuestro siglo, trabajos del género de los de Tesman y de Loevborg hayan llevado á sus autores á ninguna Facultad de ambos mundos, á una cátedra de profesor ó tan sólo al grado de «privat-docent», eso es una invención pueril que hará reírse á

todos los que conozcan por dentro los medios universitarios.

En *La Dama del mar* el misterioso marino regresa á buscar á su antigua prometida, casada desde hace muchos años con el Dr. Wangel, y la pide que le siga, puesto que en realidad le pertenece. El esposo asiste á la escena y demuestra al intruso que no tiene razón para llevarse á Ellida; le dice que sería preferible que se dirigiese en la conversación á él, el marido, y no á su mujer; y le reprende con suavidad porque tutea á Ellida, y la llama por su nombre: «Es una familiaridad que no se usa entre nosotros, caballero». La escena es de un cómico increíble y merecería reproducirse entera; pero nos limitamos á citar la conclusión:

*EL EXTRANJERO.*—Mañana por la noche volveré y me esperarás aquí, en el jardín, porque prefiero concluir este asunto contigo sola, ¿me entiendes?

*ELLIDA (en voz baja y temblorosa).*—¿Oyes, Wangel?

*WANGEL.*—Tranquilízate; sabremos perfectamente impedirle que vuelva.

*EL EXTRANJERO.*—Hasta la vista, Ellida; hasta mañana por la noche.

*ELLIDA (en tono de súplica).*—¡No, no venga usted mañana por la noche! ¡No vuelva usted!

*EL EXTRANJERO.*—Y entonces, si estás dispuesta á venirme conmigo al mar...

*ELLIDA.*—No me mire usted así.

*EL EXTRANJERO.*—Por si acaso, tenlo todo dispuesto para partir.

*WANGEL.*—Ellida, vete á casa.

¡Y á Wangel lo pinta Ibsen, no como un viejo chocho y puestó en tutela, sino como un hombre en la fuerza de la edad y en plena posesión de sus facultades!

Pero todas estas insensateces son sobrepujadas con mucho por la escena de *Rosmersholm* en que Rebeca confiesa al bueno de Rosmer que se ha sentido devorada por ardientes deseos sensuales por él (págs. 308, 309):

*ROSMER.*—¿Qué has sentido? Habla de modo que pueda comprenderte.

**REBECA.**—He sentido un deseo, un impulso salvaje invencible. ¡Ah, Rosmer!

**ROSMER.**—¿Un impulso? ¡Rebeca! Hacia...

**REBECA.**—¡Hacia tí!

**ROSMER** (*haciendo un movimiento para levantarse*).—¿Qué quiere decir eso? (¡Imbécil!)

**REBECA** (*conteniéndole*).—Estate ahí, amigo mío; aún no he acabado.

**ROSMER.**—Y dices—que me has amado—de esa manera.

**REBECA.**—Creía entonces que eso se llamaba amar—entonces. Eso me parecía que era amor, pero no lo era, repito: era un deseo salvaje, indomable... Se arrojó sobre mí (esta pasión) como una tempestad en el mar, como una de esas tormentas de invierno que se desencadenan allá en el Norte; pasan, comprendes, y le arrebatan á uno y se lo llevan con ellas; no se las resiste.

Rosmer, el objeto de este ardor, tiene cuarenta y tres años y ha sido pastor. La cosa es algo rara, pero no imposible, porque los erotómanos pueden amar toda clase de cosas, hasta unas botas <sup>1</sup>. Lo que es inimaginable es la manera cómo la ninfomaniaca se las arregla para satisfacer su «deseo salvaje, invencible», esa «tempestad en el mar» que «arrebató á uno y se lo lleva con ella». Se ha hecho amiga de la mujer de Rosmer, atacada de una enfermedad mental, la ha torturado durante diez y ocho meses, demostrándole que Rosmer es desgraciado porque no ha tenido hijos, que la quiere á ella, la ninfomaniaca, pero que se hace violencia mientras vive su mujer, y gracias á este veneno, pacientemente y sin cesar vertido en su alma, la ha empujado con éxito al suicidio. ¡Al cabo de año y medio! ¡Para calmar su «deseo salvaje, invencible!» ¡Es exactamente como si un individuo á quien el hambre ha vuelto loco imaginase para calmarla un plan profundo

<sup>1</sup> Dr. R. von Krafft-Ebing, *Psychopathia sexualis, con examen especial de la sexualidad contraria*. Estudio clínico legal, 3.<sup>a</sup> edición, aumentada y revisada. Stuttgart, 1888. Véase (pág. 120) la observación relativa al joven aristócrata á quien «la idea de sus botas» excitaba eróticamente. Cito tan sólo este caso; pero me sería fácil anotar por docenas otros en que gorros de dormir, clavos de zapato, delantales blancos, una cara arrugada de vieja, etc., han excitado la sensualidad en el más alto grado.

que le permitiese pescar por captación de herencia un pedazo de tierra, plantarlo de trigo, moler éste y cocer luego magnífico pan que será tan delicioso devorar! ¡Que juzgue el lector mismo si es ese el modo como acostumbra á conducirse para satisfacer sus instintos los famélicos ó las mujeres ninfomaniacas sobre las cuales la pasión se arroja «como una tempestad sobre el mar»!

Tales son las representaciones que este «realista» se forja de la realidad del mundo. Algunas de sus lucubraciones pueriles ó absurdas son pequeños detalles accesorios, y un amigo benévolo, dotado de alguna experiencia de la vida y de algún buen sentido, habría podido fácilmente disuadirle de caer en el ridículo, gracias á consejos á la altura de todo el mundo. Pero otras de sus invenciones tocan al fondo más íntimo de sus creaciones, que son así grotescas pampinas. En *Los Sostenes de la sociedad*, Bernick, el hombre que proyecta tranquilamente el asesinato de diez y ocho marineros para mantener su fama de constructor capaz (y nótese de paso lo absurdo de este medio para alcanzar dicho objeto), confiesa de repente á sus conciudadanos, sin que nada le obligue á ello y únicamente por consejo de la Srta. Hessel, que ha sido un tunante y un criminal. En *Casa de muñeca*, la mujer que acaba de jugar tan tiernamente, hace un instante, con sus hijos, abandona bruscamente su familia sin consagrarles siquiera un recuerdo <sup>1</sup>. En *Rosmersholm* se nos quiere hacer creer que la ninfomaniaca Rebeca, en contacto constante con el objeto de su ardor, se ha vuelto casta y virtuosa, etc. Muchas de las figuras principales de Ibsen

<sup>1</sup> **HELMER.**—¡Abandonas tu hogar, á tu marido, á tus hijos. ¿No piensas en lo que la gente dirá?

**NORA.**—No puedo detenerme á considerar eso. Sólo sé que para mí es indispensable...

**HELMER.**—¿Tus deberes para con... tus hijos?

**NORA.**—Tengo otros por lo menos tan sagrados... Los deberes para conmigo misma.

(*Casa de muñeca*, pág. 272.)

ofrecen este género de metamorfosis imposibles é incomprendibles, de manera que parecen figuras que á consecuencia de una equivocación del obrero, han sido comuestas y pegadas juntas con dos mitades que no corresponden una á otra.

Después del «verismo» de Ibsen, examinemos el carácter «científico» de su obra. Recuerda la civilización de los negros de Liberia; la constitución y las leyes de esta república del Africa occidental son poco más ó menos las mismas que las de los Estados Unidos de la América del Norte, y, en tanto que escritos, tienen una facha muy respetable. Pero cuando se vive en Liberia, se ve bien pronto que los republicanos negros son salvajes que no tienen ninguna idea de las instituciones políticas que existen de nombre en su país, del derecho teóricamente en uso etc. Ibsen se permite de buen grado la apariencia de colocarse en el terreno de la ciencia y de aprovechar en sus dramas sus últimos resultados. En sus obras se cita á Darwin, y evidentemente ha hojeado, aunque muy distraídamente, libros consagrados á la cuestión de la herencia, y aun ha hecho que le pongan algo al corriente sobre ciertas cuestiones médicas. Pero las escasas fórmulas grotescamente mal comprendidas que han quedado en su memoria, las emplea del mismo modo que los negros de Liberia, tomados como ejemplo, emplean los respetables cuellos postizos de papel y los sombreros de copa alta europeos. El hombre del oficio no puede nunca conservar su seriedad, cuando Ibsen hace gala de sus conocimientos científicos y médicos.

La herencia es el caballo de batalla de todas sus obras, y no hay un solo rasgo de sus personajes, ni un solo detalle de carácter, ni una enfermedad, que no atribuya á la herencia. El doctor Rank (*Casa de muñeca*) debe expiar en «su espina dorsal, la pobre inocente... la vida alegre que llevó su padre cuando era teniente» (pág. 217). Helmer expone á Nora que «una atmósfera de mentira

produce un contagio y principios malsanos en toda una vida de familia; cada vez que los hijos respiran absorben gérmenes de mal... Casi todas las gentes depravadas en su juventud han tenido madres embusteras... Eso proviene más comúnmente de las madres, pero el padre obra naturalmente en el mismo sentido» (pág. 199). Y (página 262): «Con la libertad de principios de tu padre... y esos principios los has heredado. Ausencia de religión, ausencia de moral, ausencia de todo sentimiento de deber.» Oswald (*Los Aparecidos*) ha sabido por el extraordinario médico parisiense, que le ha dicho que tenía un reblandecimiento, que su enfermedad era herencia de su padre<sup>1</sup>. Regina, la hija natural del difunto Alving, es enteramente como su madre. «REGINA. Así mi madre era una...—SRA. ALVING. Tu madre tenía muchas cualidades excelentes,—REGINA. Sí; pero lo era, á pesar de todo. ¡Oh! ya me lo había yo figurado algunas veces... Una muchacha pobre tiene que buscar un empleo á su juventud... Y yo también, señora, también yo la tengo; la alegría de vivir. —SRA. ALVING. ¡Ay, sí! Pero no vayas por caminos de perdición, Regina. —REGINA. ¡Bah! si me pierdo será que sea inevitable. Si Oswald se parece á su padre, yo debo parecerme á mi madre, supongo» (pág. 126). La ninfomanía de Rebeca en *Rosmersholm* se explica, por el hecho de ser hija natural de una Lapona de costumbres dudosas. «Estimo que para explicar toda su conducta de usted, hay que remontarse hasta su origen», le dice el rector Kroll (pág. 287). Rosmer no se ríe nunca, porque «así es costumbre en su familia»; es «el descendiente de los hombres que nos miran aquí», añade

<sup>1</sup> «Acabó por decirme: Hay en usted desde su nacimiento algo de carcomido—*vermoulu*; es la expresión francesa de que se ha servido... Yo no le entendía bien, de modo que le rogué que se explicase con más claridad, y entonces dijo el viejo cínico: Los pecados de los padres recaen sobre los hijos» (pág. 99). Y más lejos (pág. 132): «Esta enfermedad que me ha tocado en herencia está... (Se pone el dedo sobre la frente y añade en voz baja), está aquí dentro.»

el rector, señalando con el gesto los retratos de los antepasados de Rosmer, y «está unido á su raza por fuertes raíces» (pág. 286). Hilde, la nuera de «la dama del mar», dice en la obra que lleva este título (pág. 44): «No me extrañaría que el mejor día se volviese loca... Su madre lo estaba también, y en todo caso murió loca.» Casi cada personaje del *Pato silvestre* tiene su correspondiente chifladura hereditaria. Gregorio Werlé, el imbécil malo, que considera y presenta su prurito de chismorrear como una sed de verdad, es deudor á su madre de este pernicioso defecto <sup>1</sup>. La niña Eduvigis se vuelve ciega, como su padre, el viejo Werlé <sup>2</sup>. Ya en los primeros dramas filosóficos, este mismo motivo vuelve á presentarse á cada paso; Brand y Peer Gynt han heredado de sus madres, el primero su testarudez, el segundo su imaginación inquieta y excesiva. Ibsen evidentemente ha leído el libro fundamental de Lucas sobre la herencia, y de él ha tomado mucho sin crítica alguna; verdad es que Lucas cree en la

<sup>1</sup> *El Pato silvestre:*

GREGORIO.—Y luego..., si he de soportar la vida, es preciso que busque un remedio para mi conciencia enferma.

WERLE.—No curará nunca; tienes la conciencia herida desde tu infancia y has heredado eso de tu madre, Gregorio; la sola herencia que te ha dejado (pág. 111).

(Página 113). RELLING.—Pero, qué diablo..., no ves que este individuo está chiflado, tocado, loco!

GINA.—Ya ves su madre tenía también crisis que le revolvan el cuerpo de vez en cuando.

<sup>2</sup> *El Pato silvestre:*

HVALMAR.—Está en peligro de perder la vista.

GREGORIO.—¡Amenazada de quedarse ciega!

HVALMAR.—... Estamos prevenidos por el médico; es irremisible.

GREGORIO.—¿Y de dónde proviene eso?

HVALMAR (*suspirando*).—Es probablemente hereditario (página 61).

(Página 134). SRA. SCERBY.—Está (Werlé) en vísperas de quedarse ciego.

HVALMAR (*estremeciéndose*).—¿En vísperas de quedarse ciego? Es singular. ¿Ciego también él?»

transmisión hereditaria de de modos de ver y sentimientos aun muy complicados y relativos á hechos muy particulares, como, por ejemplo, el horror hacia los médicos <sup>1</sup>, y que la transmisión por herencia de ciertas desviaciones morbosas de la norma, por ejemplo la aparición de la ceguera en una edad determinada, no ofrece para él duda alguna <sup>2</sup>. Lucas cuyos méritos no deben negarse, no ha distinguido suficientemente lo que el individuo recibe materialmente en su origen de sus padres y lo que le es sugerido más tarde por la educación de familia y el ejemplo, por la continuación de existencia en las mismas condiciones que sus padres, etc. Ibsen es el verdadero «hombre de un solo libro». Se atiene á su Lucas; pero si hubiese leído á Weismann <sup>3</sup>, y sobre todo á Galton <sup>4</sup>, sabría que nada es más obscuro ni más caprichoso en apariencia que la marcha de la herencia, porque el individuo es el resultado—Galton dice: la media aritmética—de tres cantidades diferentes: su padre, su madre y la especie entera representada por la doble serie, remontándose á los primeros comienzos de toda vida terrestre, de los antepasados paternos y maternos. Esta tercera cantidad es lo desconocido, la X del problema. Regresos á antepasados lejanos pueden hacer al individuo absolutamente diferente de sus padres, y las influencias de la especie sobrepujan de tal modo, por regla general, á las de los procreadores directos, que los hijos que son la copia exacta de su

<sup>1</sup> Doctor Próspero Lucas. *Tratado filosófico y fisiológico de la herencia natural en los estados de salud y de enfermedad del sistema nervioso*, etc. (¡El título tiene aun siete líneas!) (París, 1847, dos volúmenes), t. I, pág. 250. (Parece ser que Montaigne tenía este horror hereditario hacia los médicos).

<sup>2</sup> Doctor Próspero Lucas, *op. cit.*, t. I, págs. 391-420: *De la herencia de los modos sensitivos de la vista*. Relata (pág. 400) la historia de una familia en la que la madre se quedó ciega á los veintiún años, sus hijos á los diez y seis y diez y siete años, etc.

<sup>3</sup> Augusto Weismann, *Sobre la transmisión hereditaria*. Jena, 1883.

<sup>4</sup> Fr. Galton, *Natural Inheritance*. Londres, 1888

padre ó de su madre, sobre todo en relación con las manifestaciones más complejas de la personalidad, del carácter, de las aptitudes y de las inclinaciones, constituyen casos muy raros. Pero Ibsen no tiene ningún empeño en justificar seriamente, científicamente, sus ideas sobre la herencia, y como lo veremos más adelante, estas ideas tienen su raíz en su misticismo, no habiendo sido para él la obra de Lucas más que un hallazgo feliz de que se ha apoderado con alegría, porque le ofrece la posibilidad de cubrir con un barniz científico su obsesión mística.

Una de las cosas más divertidas, son sus excursiones por el terreno de la medicina, que no deja de hacer en casi ninguno de sus dramas. El pastor Rorlund, de los *Sostenes de la sociedad*, pondera á las señoras que le rodean como una especie de «hermanas de la caridad que hacen hilas» (pág. 7.) ¡Hacer hilas! ¡En el siglo de la antisepsia y de la asepsia! ¡Que Ibsen se atreva á entrar en cualquier sala de cirugía con sus hilas y ya verá y se quedará asombrado de la acogida que tendrán él y sus hilas! El Dr. Stockmann, de *Un Enemigo del pueblo* sostiene (página 176) que un agua llena de millones de bacilos «es muy perjudicial para la salud si uno se baña en ella. Los bacilos de que únicamente puede tratarse, según resulta de toda la obra, son los bacilos tíficos de Eberth; y si bien puede ser exacto que se adquiriera el grano de Biskra y tal vez el beriberi bañándose en aguas contaminadas, difícilmente podrían el Dr. Stockmann é Ibsen citar un solo caso en que se haya cogido la fiebre tifoidea por bañarse en agua donde pululen bacilos. Un viaje al extranjero, se dice en *Casa de muñeca*, debía salvar la vida á Helmer (pág. 192). Eso podrá ser verdad para un europeo que se encuentra en los trópicos ó para uno que vive en un país de fiebres palúdicas; pero no existe en Noruega enfermedad aguda alguna en la cual «un viaje al extranjero» deba «salvar la vida» á alguien. En la misma obra se lee más adelante estas palabras del Dr. Rank: «Estos úl-

timos días he emprendido el examen general de mi estado interno. Es la bancarrota, y tal vez antes de un mes me estaré pudriendo en el cementerio... No me queda más que un sólo examen, y en cuanto lo haya hecho, sabré sobre poco más ó menos, cuando comenzará el desenlace» (pág. 216). El Dr. Rank padece, según su propia declaración, una enfermedad de la medula espinal (él habla de «espina dorsal» pero no le reprendamos con demasiada severidad por esta falsa expresión); Ibsen piensa evidentemente en la tabes; ahora bien, en esta enfermedad no existe en absoluto ningún signo que permita anunciar con certeza la muerte algunas semanas antes, ni tampoco existe «examen interno» alguno á que pueda proceder el enfermo sobre sí mismo, si es médico, para informarse de «cuándo comenzará el desenlace»; ni hay forma alguna de tabes, que un mes antes de su muerte (muerte no accidental, sino determinada por la dolencia) permita al enfermo la asistencia á un baile, beber en él mucho champagne y despedirse luego en términos patéticos de sus amigos. Tan inocentemente pueril como el cuadro clínico de Rank es el de la enfermedad de Oswald Alving (*Los Aparecidos*). Después de todo lo que se ha dicho en el drama del padecimiento que Oswald ha heredado de su padre, no puede tratarse más que de dos diagnósticos: sífilis hereditaria tardía ó demencia paralítica. No hay que pensar en la primera enfermedad, porque Oswald es presentado como un modelo de fuerza y salud viril (SEÑORA ALVING. Yo conozco á uno que se ha librado en cuerpo y alma de la corrupción. Mírelo usted si no, pastor» (pág. 49). Aunque en casos enteramente excepcionales, excesivamente raros, puede suceder que el mal no se manifieste hasta bastante después de los veinte años, el paciente presenta ya sin embargo desde la primera infancia ciertos fenómenos de degeneración que no permiten ni aun al amor ciego y al orgullo de una madre, ponderar su «cuerpo» como lo hace la Sra. Alving. Algunos

rasgos de poca importancia se aplicarían á la demencia parálitica, como por ejemplo, la excitación sexual de Oswald, la ingenuidad impúdica con la cual habla delante de su madre de los amores de sus amigos de París (página 55) ó bien expresa el placer que le causa la aparición «soberbia» de Regina (pág. 104); la ligereza con que forja, en cuanto ve á esta muchacha, planes de casamiento, etc.<sup>1</sup> Sin embargo, al lado de estos rasgos exactos, pero subordinados, hay otros infinitamente más importantes que excluyen en absoluto el diagnóstico de «demencia parálitica», pues que no existe en Oswald ningún vestigio de la locura de grandezas que no falta nunca en la primera fase de esta enfermedad; está ansioso y abatido, mientras que el parálitico general se siente enteramente feliz y ve la vida completamente de color de rosa, y presiente y teme la explosión de la locura, lo cual, por mi parte, no he observado nunca ni tampoco he visto indicado por ningún clínico. Por último, la demencia se produce con una instantaneidad y un carácter completo que se encuentra únicamente en la manía aguda; solamente que la descripción dada por Oswald en la última escena, con su inmovilidad, su voz, «sorda y apagada», la palabra murmurada maquinalmente media docena de veces, como un idiota: «¡El sol! ¡el sol!»,—todo eso no corresponde en ningún grado al cuadro de la manía aguda.

Naturalmente, el poeta no necesita conocer la patología; pero cuando tiene la pretensión de describir la vida real, debe ser sincero y no debe vanagloriarse de exactitud y de observación científicas, únicamente porque la época las reclama ó por lo menos las prefiere. Cuanto más ignorante es en patología el poeta, tanto más sus cuadros clínicos dan testimonio seguro de su veracidad, pues

<sup>1</sup> Krafft-Ebing, *Psychopathia sexualis*, pág. 139. El autor cita aquí como característicos del primer período de la parálisis general, todos estos rasgos: conversaciones libidinosas, descaro en las relaciones con el otro sexo, proyectos de casamiento.

como no puede en su calidad de profano imaginarlos por la reunión de experiencias clínicas y de recuerdos de lecturas, necesita haber visto por sus propios ojos cada caso representado, para describirlo exactamente. Tampoco Shakespeare era médico; y además, ¿qué sabían los mismos médicos de su tiempo?; y sin embargo, aún hoy podemos diagnosticar sin vacilar la demencia senil de Lear, la debilidad de voluntad por agotamiento nervioso (abulia neurasténica) de Hamlet, la manía aguda con tinte erótico de Ofelia, la melancolía con alucinaciones de la vista de lady Macbeth. ¿Y por qué? Porque Shakespeare introducía en sus creaciones cosas vistas verdaderamente, mientras que Ibsen ha inventado libremente sus enfermos, y no necesitamos demostrar que este método entre las manos de un profano no podía producir más que resultados risibles. Se ofrece á su imaginación una situación patética ó conmovedora, la de un hombre que prevé con seguridad su muerte próxima inevitable y que se eleva después de una lucha trágica contra su instintivo amor á la vida, hasta la filosofía de la renunciación de los estóicos, ó bien la de un joven que suplica á su madre que lo mate cuando se manifieste en él la locura que espera con espanto. Esta situación es inverosímil, quizá no se haya presentado nunca y, en todo caso, Ibsen no la ha visto en su vida; pero como sería de una gran belleza poética, como sería de gran efecto en la escena, si se presentase, Ibsen fabrica tranquilamente las enfermedades nuevas desconocidas de un Dr. Rank ó de un Oswald Alving cuya marcha podría hacer posible esas situaciones. ¡Tal es el procedimiento del poeta cuyos admiradores ponderan el realismo y la observación exacta!

¡Su claridad de espíritu, su amor por la libertad, su modernismo! Los que han leído las obras de Ibsen atentamente y con imparcialidad, no vuelven de su asombro cuando ven que se le aplican estas palabras. Vamos á dar inmediatamente pruebas abundantes de la claridad de su

pensamiento; su amor por la libertad, examinado de cerca, se manifestará como anarquismo, y su modernismo consiste en el fondo, en que en sus dramas se construyen ferrocarriles (*Los Sostenes de la sociedad*), se charla de bacilos (*Un Enemigo del pueblo*), se trata de bancos (*Casa de muñeca*) y en que las elecciones y las luchas de partidos políticos tienen un papel en ellas (*La Unión de los jóvenes, Rosmersholm*), todo ello embadurnado exteriormente, sin relaciones íntimas con las verdaderas fuerzas activas del poema. Este hombre «moderno», este «apóstol de la libertad», tiene de la prensa y de sus funciones la misma idea que un mozo de oficina de la policía, y persigue á los periodistas con el odio, hoy ya cómico, de un husmeador de demagogos por el año 1830. Todos los periodistas que presenta—y son numerosos en sus dramas— Pedro Mortensgaard, en *Rosmersholm*; Hovstad y Billing, en *Un Enemigo del pueblo*; Aslasken, en *La Unión de los jóvenes*, son ó bohemios borrachines ó pobres famélicos con piernas vacilantes, que tiemblan constantemente ante la idea de ser apaleados ó echados á la calle, ó bribones sin principios que escriben para el que los paga; y tiene una idea tan clara de la cuestión social, que nos presenta á un capataz que se entrega á sordos manejos entre los obreros y amenaza con la huelga porque se van á emplear máquinas en el taller (*Los Sostenes de la Sociedad*, pág. 44). Considera al pueblo con el arrogante desprecio de los grandes propietarios feudales, y cuando lo menciona es con un sarcasmo mordaz ó un desdén aristocrático de los más orgullosos <sup>1</sup>.

La mayor parte de sus modos de ver no pertenecen

<sup>1</sup> REBECA (á Brendel).—Tendrá usted que dirigirse á Pedro Mortensgaard. BRENDDEL.—Perdone usted, señora, ¿quién es ese idiota?» (*Rosmersholm*, pág. 215.) Véase la vulgar parodia de la escena del foro popular del *Julio César*, de Shakespeare en *Un Enemigo del pueblo* (4.º acto), y la característica de la «muchedumbre» en *Brand* (5.º acto).

por lo demás á ningún tiempo, sino que son emanaciones de su rareza personal, y no pueden ser ni modernas ni lo contrario. En cuanto á las que son menos extravagantes y tienen su raíz en una época determinable, se han desarrollado en el círculo de ideas de habitantes de un villorrio pretencioso del primer tercio del siglo pasado. El rótulo de «moderno» le ha sido aplicado arbitrariamente por Jorge Brandés <sup>1</sup>, una de las apariciones literarias más anti-páticas del siglo. Brandés, un parásito de la gloria y del renombre de los demás, ha ejercido toda su vida el oficio de un «hombre-orquesta» que, haciendo sonar á la par, con la cabeza, con la boca, con las manos, con los codos, con las rodillas y con los pies, diez instrumentos ruidosos, baila que se las peña ante los poetas y los escritores, y al acabar su algazara va á recoger los cuartos del público atónito. Se ha arrimado asiduamente á todo el que, desde hace un cuarto de siglo, por una razón cualquiera ha atraído á las gentes y ha declamado acerca de cada uno frases de retórico y de sofista, mientras ha encontrado quien le escuche. Adornado con algunas plumas arrancadas á las altivas alas del genio de Taine, con la boca llena de Stuart Mill cuyo estudio *Sobre la Libertad* ha entrevisto, aunque probablemente sin leerlo y seguramente sin comprenderlo, se introdujo en las filas de la juventud escandina va, y abusando de su confianza por esos medios obtenida, ha hecho de su envenenamiento moral sistemático la misión de su vida. La predicó el evangelio de la pasión y embarulló con un celo y una obstinación verdaderamente diabólicas, todas sus nociones, dando los nombres más atractivos y más estimables á las cosas abyectas y lastimosas que la ponderaba. Siempre se ha creído que es una debilidad y una cobardía ceder á los instintos bajos condenados por la razón, en lugar de

<sup>1</sup> En su libro titulado: *Espritus modernos*, Francfort 1888.

combatirlos y de reprimirlos. Si Brandés hubiese dicho á la juventud á la cual se dirigía: «¡Renunciad á vuestro juicio! ¡Sacrificad el deber á vuestros apetitos! ¡Dejaos dominar por vuestros sentidos! ¡Que vuestra voluntad y vuestra conciencia sean como una pluma ante la tempestad de vuestras codicias!»—los mejores entre sus auditores hubiesen escupido de desprecio ante él. Pero les dice en vez de eso: «Obedecer á sus sentidos es tener carácter. El que se deja guiar por la pasión es una individualidad. El hombre de voluntad fuerte desprecia la disciplina y el deber y sigue cada capricho, cada tentación, cada deseo de su vientre ó de sus otros órganos»; y así presentadas estas bajezas no tienen el carácter repulsivo que despierta la desconfianza y sirve de aviso. Anunciados bajo el nombre de «libertad» y de «autonomía moral», el libertinaje y el desarreglo encuentran fácilmente acogida en los mejores medios, y la perversidad, de que se huiría si se presentase como tal, parece deseable y atrae á los espíritus insuficientemente informados, cuando se la disfraza de modernismo. Se comprende que un educador que cambia la sala de escuela en una taberna y en una casa de placer, tenga éxito y atraiga gente; corre el peligro, es verdad, de que lo apeleen los padres si se percatan de lo que enseña á sus hijos; pero los alumnos no se quejarán ni faltarán á las lecciones de tan agradable profesor. Con un método semejante cumplía Jorge Brandés sus funciones de educador, y esto explica que haya podido obtener sobre la juventud de su país una influencia que no habría adquirido ciertamente con sus escritos vacíos de ideas y de una prolijidad sin fin.

Brandés descubrió en Ibsen los sentimientos de rebelión contra la ley moral reinante al mismo tiempo que la glorificación de los instintos bestiales y lo celebró en seguida á trompetazos, como un «espíritu moderno», á pesar de su extraordinaria fisionomía atrasada de 1830, recomendando sus obras, guiñando el ojo á los adolescentes

ávidos de saber á los que sirve de maestro de placer. Pero este «moderno», este «realista» de observación «científica» exacta, es en realidad, un místico y un anarquista egotista. El examen detallado de sus especialidades intelectuales, nos permitirá reconocer entre ellas y las de Ricardo Wagner un parecido que no debe sorprendernos, puesto que los rasgos semejantes son precisamente los estigmas de degeneración y son por esta razón comunes á muchos degenerados superiores, ó á todos.

Ibsen es hijo de un pueblo rigurosamente religioso y ha crecido en el seno de una familia creyente; las impresiones de la infancia han sido decisivas para su vida y su pensamiento no ha podido nunca borrar el pliegue teológico de su primera educación, siendo el catecismo y la Biblia para él límites que no ha podido nunca rebasar. Sus frases de resonancia librepensadora contra el cristianismo oficial (*Brand, Rosmersholm*, etc.), sus burlas de la creencia regulada de pastores (*Manders de Los Aparecidos*, *Rorlund de los Sostenes de la sociedad*, el decano de *Brand*), son un eco de su maestro intelectual, el teósofo Søren Kierkegaard (1815-1855), que era celador de un cristianismo diferente, en verdad, del cristianismo ordenado por el Estado y provisto de decretos de nombramiento y de sueldos, pero sin embargo, de un cristianismo severo, exclusivo, reclamando al hombre por entero. Tal vez Ibsen se considera á sí mismo como un librepensador; lo mismo ha hecho Wagner; pero ¿qué prueba eso sino que no ve claro en su propio pensamiento y en su manera de sentir?» Es cosa curiosa, dice Herbert Spencer, el ver cómo generalmente permanecen los hombres fieles á las doctrinas que han repudiado de nombre, guardando la substancia después que han abandonado la forma. En teología tenemos, por ejemplo á Carlyle, que siendo estudiante cree abjurar la fe de sus padres, pero arroja sólo la cáscara y conserva el contenido; sus concepciones del universo y del hombre, su conducta, prueban que ha permanecido